

LA CUESTION HAITIANA EN SANTO DOMINGO

**Wilfredo Lozano
(Editor)**

FLACSO - Biblioteca



FLACSO

 **North-South Center**
UNIVERSITY OF MIAMI

Migración
Internacional,
Desarrollo
y Relaciones
Inter-Estatales
entre
Haití y
República
Dominicana

LA CUESTION HAITIANA EN SANTO DOMINGO

*Migración Internacional, Desarrollo y Relaciones
Inter-Estatales entre Haití y República Dominicana*

UNIVERSIDAD DE MIAMI

LA CUESTION HAITIANA EN SANTO DOMINGO

**Migración Internacional, Desarrollo
y Relaciones Inter-Estatales entre Haití y República Dominicana**

Wilfredo Lozano
Editor

**Carmen Cedeño
Carolle Charles
André Corten
Carlos Dore
Christian Girault
Cary Héctor
Fernando Houellmont Despradel
Wilfredo Lozano
Frank Moya Pons
Max Puig
Rubén Silié
Ramón Antonio Veras**



**Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Programa República Dominicana**

Centro Norte-Sur, Universidad de Miami

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)
Programa República Dominicana
Apdo. Postal 332-9
Santo Domingo, República Dominicana
Tel.: (809) 541-1162
Fax: (809) 541-1162

La cuestión haitiana en Santo Domingo: migración internacional, desarrollo y relaciones inter-estatales entre Haití y República Dominicana / Carmen Cedeño ... [et al.]; Wilfredo Lozano, ed. Santo Domingo: FLACSO: Centro Norte-Sur de la Universidad de Miami, 1993.

293 p.

1. República Dominicana - Emigración e inmigración. 2. Haití - Emigración e inmigración. 3. República Dominicana - Relaciones con Haití. 4. Haití - Relaciones con República Dominicana. I. Cedeño, Carmen. II. Lozano, Wilfredo, ed.



325.27294097293
C969n

© 1992
Programa FLACSO República Dominicana
Centro Norte-Sur, Universidad de Miami
ISBN 84-600-8614-3

Edición: Wilfredo Lozano

Composición, diagramación y portada: Josie & Julio Hiraldo

Traducciones: Rosa Inés Bueno y Leyda Margarita Piña

Impreso en: Amigo del Hogar

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita.

Impreso en República Dominicana

Esta publicación se realiza gracias al apoyo del Centro Norte-Sur de la Universidad de Miami.

INDICE

Dedicatoria	9
Presentación	11

PRIMERA PARTE

Nación, Frontera y Migraciones Internacionales

I. Las tres fronteras: Introducción a la frontera domínico-haitiana	17
<i>Por Frank Moya Pons</i>	
1. Introducción	17
2. Breve historia de la frontera	18
3. Las tres fronteras	20
4. Conclusiones	31
II. Contribución a la bibliografía acerca de la frontera domínico-haitiana, la presencia haitiana en Santo Domingo y las relaciones domínico-haitianas	33
<i>Por Frank Moya Pons</i>	
III. Las relaciones entre la República de Haití y la República Dominicana: un enfoque geográfico	69
<i>Por Cristhian Girault</i>	
1. Una situación geopolítica particular: "la Doble Insularidad"	69
2. Trazar la frontera y cerrarla	72

3. Un mismo ecosistema. Dos niveles de desarrollo	75
Referencias bibliográficas	77
IV. Agricultura e inmigración:	
La mano de obra haitiana en el mercado de trabajo rural dominicano	79
<i>Por Wilfredo Lozano</i>	
1. Introducción	79
2. Crisis agraria e inmigración extranjera	80
3. Cuantificación de la presencia haitiana en la agricultura dominicana	84
4. El proceso de incorporación de la mano de obra haitiana al mercado de trabajo rural dominicano	87
5. Capitalismo, campesinado e inmigración haitiana: los casos del café y del arroz	90
6. La segmentación del proletariado rural y la inmigración haitiana	95
7. Fracciones de clase, proletariado agrícola e inmigración	99
Referencias bibliográficas	103
V. Contratos y reclutamiento de braceros: entradas clandestinas o repatriación	107
<i>Por Ramón Antonio Veras</i>	
1. Introducción	107
2. El fenómeno migratorio	107
3. La inmigración en la República Dominicana	109
4. La inmigración haitiana	110
5. Legalidad e ilegalidad de los inmigrantes haitianos en la República Dominicana	111
6. Interpretación de los acuerdos firmados entre Haití y la República Dominicana para la entrada de braceros a la República Dominicana	114

7. Precedentes de otros acuerdos firmados entre Haití y la República Dominicana para la entrada de braceros haitianos a la República Dominicana	116
8. Conclusiones: las repatriaciones	117
Referencias bibliográficas	119
Apéndice de documentos	120
VI. Migración haitiana y trabajo en la República Dominicana: ¿esclavitud o capitalismo?	123
<i>Por Carlos Dore y Cabral</i>	
1. El debate esclavitud versus capitalismo	123
2. Trabajo no libre	125
3. Otros elementos para conceptualizar el trabajo de los haitianos y de los dominicanos de origen haitiano	126
4. Causas y consecuencias de la teoría de la esclavitud.....	129
Referencias bibliográficas	132

SEGUNDA PARTE
Relaciones Jurídicas,
Prejuicio e Inmigración

VII. La nacionalidad de los descendientes de haitianos nacidos en la República Dominicana	137
<i>Por Carmen Cedeño</i>	
1. Introducción	137
2. La nacionalidad en los derechos haitiano y dominicano	137
3. El conflicto de nacionalidad haitiana y dominicana	141
4. El problema de los documentos probatorios de la nacionalidad.....	143

VIII. La raza: una categoría significativa en el proceso de inserción de los trabajadores haitianos en República Dominicana	145
<i>Por Carolle Charles</i>	
1. Introducción	145
2. Formación sociocultural de la raza	146
3. Formación de la raza en la República Dominicana	149
4. Raíces históricas de la formación de la raza	152
5. Los haitianos en la República Dominicana	154
6. Funcionamiento de la división cultural del trabajo: conversión del haitiano en "el otro"	158
7. Conclusión	159
Referencias bibliográficas	162
IX. República Dominicana: atrapada en sus percepciones sobre Haití	169
<i>Por Rubén Silié</i>	
1. Introducción	169
2. La formación del prejuicio antihaitiano	170
3. Prejuicio e inmigración	174
4. Prejuicio y relaciones internacionales	177
Referencias bibliográficas	188
TERCERA PARTE	
Política Migratoria y Relaciones Inter-estatales	
X. Política migratoria y sociedad rentista	193
<i>Por André Corten</i>	
1. Introducción	193
2. Historia de dos sociedades rentistas	194
3. Dos corrientes de opinión sobre la cuestión haitiana	201

4. El análisis neoliberal	204
5. Crítica al análisis de Bernardo Vega	208
6. La formalización de las relaciones entre Haití y República Dominicana	211
7. Conclusión	216
Referencias bibliográficas	218
XI. Construcción democrática post-autoritaria en Haití y Relaciones dominico-haitianas una articulación problemática	225
<i>Por Cary Héctor</i>	
1. Introducción	225
2. Causas y consecuencias de la construcción democrática post-autoritaria en Haití (1986-1991)	226
3. Nuevo orden democrático y transnacionalización	229
4. Integración económica y solución de la cuestión haitiana en República Dominicana	238
5. Perspectivas	241
Referencias bibliográficas	243
XII. Haití y República Dominicana: un esquema de relaciones puesto en entredicho	245
<i>Por Max Puig</i>	
1. Introducción	245
2. De Trujillo a Bosch: la dinámica de las relaciones domínico-haitianas	246
3. Del duvalierismo a la nueva esclavitud	250
4. Las relaciones inter-estatales y las denuncias de Americas Watch	253
5. Capitalismo e inmigración en la nueva situación mundial	258
6. Los "Macoutes" en la República Dominicana	262
7. El tono de las declaraciones oficiales	264
Referencias bibliográficas	268

XIII. El nuevo orden internacional y las relaciones dominico-haitianas	269
<i>Por Fernando Houellmont Despradel</i>	
XIV. La cuestión haitiana en República Dominicana: balance crítico	275
<i>Por Wilfredo Lozano</i>	
1. El debate	275
2. Una nueva agenda para la investigación	280
 Autores	 283

IX

REPUBLICA DOMINICANA ATRAPADA EN SUS PERCEPCIONES SOBRE HAITI

Por Rubén Silié

1. Introducción

En este trabajo nos proponemos discutir las modificaciones que ha venido sufriendo la percepción respecto a Haití por parte de los dominicanos. Haremos énfasis en el período de la dictadura de Trujillo, que a nuestro entender fue cuando se conformó la actual visión que predomina en República Dominicana respecto a la vecina nación.

Como se verá a lo largo del trabajo, las percepciones sobre Haití han constituido el principal obstáculo para superar los prejuicios existentes. Esa situación logra reproducirse debido al interés de seguir recibiendo mano de obra barata para su incorporación a ciertos niveles de la estructura ocupacional dominicana.

A partir de esa necesidad de mano de obra, operan una serie de mecanismos de etnización de la mano de obra que no dejan oportunidad para aceptar a los haitianos en un plano de igualdad.

Todo esto se manifiesta en la política interna, imponiendo situaciones que obligan a los líderes y partidos políticos a actuar guiados por la visión trujillista sobre la cuestión haitiana. Esta visión opera a un nivel ideológico tan decisivo que fácilmente quien se aparte de ella, puede ser acusado de antinacional.

Para la realización de este ensayo, hemos empleado información bibliográfica y hemerográfica. De esta última hemos hecho pocas referencias, a fin de no abrumar al lector.

2. La formación del prejuicio antihaitiano

2.1. Manifestaciones históricas de complementariedad y solidaridad

Haití y la República Dominicana son dos países cuyos fundamentos nacionales se constituyeron en íntima relación, ya que, por más de tres siglos, los acontecimientos ocurridos en uno y otro territorio han afectado a ambos. Un ejemplo de ello lo tenemos durante el período colonial, en el que se establecieron relaciones económico-comerciales de fuerte complementariedad, además de articularse mecanismos de cierta reciprocidad en el plano político (Silié, 1976; Gutiérrez, 1989)

Para entonces, la zona fronteriza no se visualizaba como territorio olvidado, como lo es hoy, sino como una fuente de vida y principal plaza para el comercio exterior de exportación e importación. Por lo mismo, se constituyó un escenario de los principales conflictos entre ambas colonias, debido a las disputas entre las metrópolis, como a las luchas de esclavos o negros insurrectos y cimarrones.

Los períodos de la lucha antiesclavista y por la independencia de Haití desde finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, hasta la proclamación de la independencia en 1804, estuvieron estrechamente vinculados a la parte oriental, culminando en 1822, en que se produce la unificación de la Isla, mediante la ocupación del territorio dominicano por parte de los haitianos.

Los 22 años de unificación política de la Isla que culminan con el movimiento de oposición a Jean Pierre Boyer en la parte haitiana y con la proclamación de la independencia dominicana, pueden considerarse como un período de complementariedad y solidaridad entre ambos pueblos, en el que cada cual trató de orientar su propio destino con una clara conciencia de diferenciación, pero sin negar la fraternidad entre ambos, tal como lo manifestara Juan Pablo Duarte, artífice de nuestra independencia.

Si bien la independencia se obtuvo del Estado haitiano en 1844, las luchas o batallas se realizaron debido a los intentos posteriores de los dictadores haitianos por continuar manteniendo la unificación política del territorio. Esos intentos hicieron propicio el momento para profundizar las diferencias y el distanciamiento, en base no sólo a la cuestión política, sino también a los trazos culturales, religiosos y de lengua que desde antes se habían confrontado.

No obstante, terminadas las batallas y los conflictos iniciales, tres lustros más adelante, los haitianos tuvieron la oportunidad de manifestar su solidaridad hacia la República Dominicana, cuando ésta se vio forzada a

rescatar su independencia del Estado español, durante la llamada Guerra de la Restauración. En esta oportunidad, el territorio haitiano se convirtió en una puerta de paso para los patriotas dominicanos, además del apoyo material ofrecido por la nación vecina.

Posteriormente, ambos pueblos encuentran la posibilidad de manifestar mutuamente su solidaridad, durante el período de la ocupación norteamericana, desde 1915 hasta 1937, en Haití y desde 1916, hasta 1924 en República Dominicana.

En todo esto cobra validez la afirmación del poeta Héctor Incháustegui: "Haití es una de las puertas de entrada al país, la puerta mayor, y los gobiernos y las revoluciones de Santo Domingo lo saben y la cuidan. La puerta de entrada de ejércitos, de grupos revolucionarios, de propaganda y de grupos de toda especie".

Desde que nacimos a la vida independiente, y aún antes, o en los eclipses de nuestra soberanía, como en el período de la anexión o cuando estuvo amenazada, como en la Guerra de los Seis Años, Haití era una ficha decisiva. Arreglos entre gobiernos o arreglos entre revolucionarios" (Vega, 1988: 421)

Hay que señalar que, durante el período de las ocupaciones militares norteamericanas en ambos países, se firmó un tratado de límites fronterizos, el cual si bien se hizo con la presencia de las tropas de ocupación de los Estados Unidos, no fue objeto de campañas contra uno u otro, ni mucho menos acrecentó las fobias. Tratándose de un aspecto tan delicado, como el establecimiento de los límites fronterizos, esto no logró incentivar sentimientos chauvinistas en ninguno de los dos lados de la isla.

2. 2. Trujillo y la cuestión haitiana

Como señala Bernardo Vega (1988), es a partir de la matanza de los haitianos, perpetrada por Rafael L. Trujillo en el año de 1937, cuando las relaciones empiezan a volverse manifiestamente tirantes y conflictivas.

Sin pretender referimos por el momento a las causas de la matanza, podemos decir que fue efectivamente a partir de entonces cuando se organizó en el país una sistemática campaña, la cual, si bien en el fondo buscaba justificar el horrendo hecho, terminó convertida en una de las políticas más pronunciadas del régimen trujillista en el plano ideológico. Con ella se apoyó la construcción de la imagen del nuevo "paladín de la frontera" y salvador de nuestra nacionalidad.

A partir de esa campaña, se pasó a construir un gran enemigo, frente al cual, no sólo se justificaría la matanza, sino la política de injerencia en el

vecino país. En este sentido, mientras más grande era el enemigo, mayor debía ser nuestra preparación para enfrentarlo. Esta "amenaza externa" tocaría en un primer plano, los aspectos políticos, militares y de seguridad nacional, sin descuidar la defensa de nuestras costumbres, religión, idioma y cultura en general, abocadas a un proceso de extinción, dada la supuesta gran influencia de la nación vecina.

Zaglul (1990) ha resumido el contenido básico de la campaña antihaitiana bajo el régimen de Trujillo, a partir de 1937, en los siguientes aspectos:

1. Constatación del desarrollo económico y cultural dominicano contrastante con un Haití atrasado y primitivo.
2. Presencia simbólica de los braceros haitianos para la zafra azucarera dominicana como "testimonio" de su inferioridad "social", racial, cultural, moral.
3. Manifestación de signos "evidentes" de una nueva invasión con la presencia de los trabajadores haitianos en otros sectores agrícolas y en el sector de la construcción.
4. Peligro considerable de la actual penetración haitiana reforzada por el aumento del contrabando y por los viajes constantes de los autobuses haitianos hacia la capital dominicana para realizar compras... (Zaglul, 1990: 88-89).

Esta lista de temas cubre los aspectos fundamentales de la campaña trujillista del antihaitianismo; cuestiones que aún hoy perturban las relaciones entre los dos países de la isla, impidiendo el establecimiento de relaciones internacionales en un plano de igualdad y de respeto mutuo.

A pesar de todo, la campaña operaba a un doble nivel, pues en los hechos el país seguía beneficiándose de la mano de obra barata aportada por los nacionales haitianos, mientras, por otro lado, se asumió que esa misma población constituía el mayor peligro potencial para que los dominicanos perdieran su identidad cultural, su religión, su lengua y hasta su soberanía.

Ya no se trataba de los simples prejuicios formados durante los años en que se debatían ambos pueblos, mientras conformaban sus respectivas nacionalidades, sino de una visión expresamente pensada para causar la impresión de que estábamos frente a nuestro mayor y único enemigo.

En este sentido es paradójico que el trujillismo, habiendo el país salido recientemente de una ocupación norteamericana que duró ocho años, no desatara una campaña parecida frente a los más recientes ocupantes de

nuestro territorio, pues si toda la campaña del régimen se hizo para escarmentar a los haitianos por los efectos de la única y larga ocupación del siglo XIX, pensamos que el castigo se logró con las victorias obtenidas frente a las fuerzas armadas de Haití. Frente a quienes no habíamos obtenido ninguna victoria era, precisamente, frente a los nuevos interventores norteamericanos.

Está claro que no se trataba de un ajuste de cuentas por lo ocurrido en el pasado siglo, sino del deseo de fundamentar la "patria nueva", a partir de un enemigo del cual estábamos seguros no podría vencernos y sobre el cual era posible mantener una política injerencista.

2. 3. Los inmigrantes: un "chivo expiatorio" para fundamentar el anti-haitianismo

Los inmigrantes haitianos empiezan a llegar al país desde principios de este siglo (del Castillo, 1980). Cuando se produce la matanza de 1937, los trabajadores de los ingenios no fueron tocados por los encargados de cumplir las órdenes de Trujillo. En parte, esto se explica porque se encontraban en ingenios propiedad de compañías norteamericanas y porque, finalmente, el verdadero interés de Trujillo era el de establecer nuevas reglas del juego frente a las autoridades haitianas y un nuevo símbolo del nacionalismo en la República Dominicana, más que el de la eliminación física de todos los inmigrantes haitianos.

Posteriormente, cuando los ingenios pasan a manos de Trujillo y al dictador se le presenta la gran oportunidad de seguir contratando jornaleros dominicanos, no lo hace; más bien continúa la práctica iniciada por los norteamericanos, pues se trataba, ante todo, de disminuir costos para alcanzar los competitivos precios del mercado mundial azucarero. Sin embargo, no se podría dejar de alimentar el prejuicio y los sentimientos xenófobos frente a Haití.

Hubiese sido muy sencillo eliminar los intentos de "invasión pacífica", o los peligros de perder nuestros trazos de identidad, con el solo hecho de suspender la contratación de esos trabajadores. De haber adoptado esa decisión, Trujillo hubiese actuado acorde con los demás países receptores de inmigrantes que, después de la Gran Depresión de los años veinte, repatriaron a quienes se les vencía sus contratos (Greene y Brent Scowcroft, s/f:246). De acuerdo con esos mismos autores, la migración retorna al Caribe en los años sesenta con la recuperación de las economías de la región, siendo en este caso República Dominicana la excepción, respecto al resto del Caribe.

En nuestro caso, la mano de obra inmigrante podía ser fácilmente controlada, tanto por el terror impuesto por el régimen, como por el hecho de que se trataba de una forma de contratación en la que se vinculaba al Estado por la vía de la empresa azucarera. Por lo demás, en Haití la contraparte de este acuerdo era el mismo Estado haitiano, cuyos gobernantes se beneficiaban personalmente de la exportación de esa mano de obra.

Tener a los haitianos desempeñando el trabajo más despreciado por los dominicanos era una forma de mantener viva la campaña nacionalista, pues estaba a la vista que Trujillo al "liberarnos", supo mantener los agresores, ya vencidos, en los campos de caña, sometidos a los rigores de la más cruel explotación. No había ninguna duda, estábamos presenciando un ejemplar acto de desagravio. Si además de eso reconocemos que el dictador quitaba y ponía presidentes en Haití, se aprecia la eficacia de la imagen de verdaderos vencedores, que tenían los dominicanos.

De todas maneras, la campaña se mantuvo en el sentido de que los haitianos no desistían de continuar en sus esfuerzos, así fuese políticamente, cumpliendo, en ese caso, el Estado dominicano el doble papel de mantener a raya a los inmigrantes, sumidos en su doble condición de negros y de trabajadores ubicados en la última categoría de la estructura ocupacional dominicana, confinados en los bateyes.

El argumento de la invasión pacífica tergiversaba las razones reales de la inmigración, en el sentido de que satisfacía las expectativas de mano de obra barata y sumisa, haciendo ver que esa corriente migratoria sólo obedecía a las presiones demográficas existentes en Haití, debido a características innatas de la población del vecino país. Pero nunca se dejaba espacio para que los dominicanos vieran la inmigración haitiana vinculada a la creación de ese mercado secundario de mano de obra, generado por la estructura de empleos disponibles al interior de la industria azucarera.

3. Prejuicio e inmigración

3.1. Aspectos contractuales

Los haitianos no andaban vagando en busca de empleos, más bien eran traídos. Se podría afirmar que todos los que llegaban, en principio lo hacían para ingresar a las plantaciones azucareras del país, ya fuesen de propiedad estatal o de capital privado. De manera que ese "mercado secundario" no afectaba a los dominicanos con deseos de trabajar, pues se trataba de empleos que no les ofrecían perspectivas de mejoría.

Otra característica muy importante de este segmento de la estructura ocupacional es el hecho de que los braceros llegaban al país a partir de negociaciones entabladas entre sectores estatales de ambos países, y su ingreso se realizaba en condiciones de ilegalidad. Es decir, si bien los inmigrantes no ingresaban clandestinamente al país, las autoridades contratantes no les proveían de documentos de identificación válidos, ni mucho menos firmaban contratos individuales para ingresar a los diferentes ingenios en que eran repartidos. Esto era otro aspecto fundamental para garantizar la explotación de los jornaleros, pues de suyo el mismo trabajador, a tenor de considerarse un trabajador temporal, perdía capacidad de movilización, quedando a merced de sus capataces. Las condiciones de transitoriedad no le dejaban pensar en una relación a largo plazo con sus patrones, por lo que, tampoco podían pensar en la posibilidad de sindicalizarse; en el caso de llegar a pensarlo, entraba en operación el mecanismo del terror.

La condición de clandestinidad de los trabajadores ilegales que se encuentran en los países del Centro, les permite al menos, abandonar su patrón en el momento que lo deseen. En ese sentido, el patrón sabe que está corriendo un riesgo al emplear a alguien que se encuentra ilegal en el país. En nuestro caso, eso no ocurre, pues es sólo el trabajador el que se encuentra en esa extraña situación de ilegal reconocido. Con todo, las autoridades dominicanas no han cesado de divulgar la idea de que los haitianos vienen al país para desplazar a los dominicanos de sus empleos, cuando resultaría tan fácil para las autoridades desplazarlos de sus ocupaciones.

3.2. Proceso de etnización de la mano de obra haitiana

Estamos frente a un caso de etnización de la mano de obra, típico de las sociedades capitalistas, en las cuales se reconoce que dicha población sólo es apta para ocupar los lugares más bajos de la estructura ocupacional. De este modo, el racismo pasa a jugar el papel de minimizar costos de producción (comenzando por la mano de obra), para un capital que requiere de ese tipo de mano de obra, precisamente para asegurar su expansión. Por ello, tiende a estigmatizar al grupo étnico en cuestión, pero nunca termina por expulsarlo del sistema, ya que su trabajo produce los bienes del cual el capital es extraído para ser acumulado (Balibar y Wallerstein, 1988)

La noción de grupo étnico aquí empleada es definida por Wallerstein como "aquellos grupos humanos de cierto tamaño, a los cuales les son reservadas en relación a otros grupos semejantes, viviendo en la misma área

geográfica, ciertas tareas económicas y profesionales. La manifestación exterior de tal asignación de fuerza de trabajo es la "cultura" del grupo étnico concernido, es decir, su religión, su lengua, su sistema de valores, sus modalidades particulares de comportamiento cotidiano" (Wallerstein, 1988: 74).

Los objetivos de la diferenciación étnica pueden resumirse de la siguiente manera:

- a) Garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo, en el sentido de asegurar un número suficiente de trabajadores en las categorías que se requieran y a un costo apropiado.
- b) La interiorización de las diferenciaciones étnicas como un mecanismo espontáneo de aprendizaje de la fuerza de trabajo, que se produce a lo interno del grupo sin costos para los empleadores o el Estado.
- c) Las diferenciaciones étnicas han arraigado en las comunidades, una jerarquía de los roles profesionales, ofreciendo a los ojos de todos una codificación fácil de las desigualdades de ingresos, basada en la legitimidad que les confiere la tradición (Wallerstein, 1988).

¿Qué podríamos esperar de una sociedad que, como la dominicana, fue socializada durante tres décadas en esa práctica racista frente a los haitianos? Era natural que los dominicanos se creyeran superiores a los seres sobre quienes ellos tenían la facultad de estereotipar como el único grupo humano nacido para realizar el trabajo que nosotros, los dominicanos, odiábamos realizar. Esa práctica racista era al mismo tiempo un recurso para justificar las desigualdades sociales entre las dos naciones; de ahí que para muchos la condición que nosotros le endilgamos a los haitianos fuese vista como parte de su idiosincrasia o rasgo antropológico.

Con esto se reproduce el ciclo de reciprocidad histórica entre racismo y nacionalismo, pues, en este caso nuestro nacionalismo aparecía como la causa que desarrolló nuestras supuestas potencialidades de superioridad frente a los haitianos, conducidos, naturalmente, por Trujillo, quien era presentado como la encarnación de la Nación Dominicana.

Tan pronto estos problemas dieron paso a jerarquías donde se reconocían relaciones de superioridad y de inferioridad, quedamos frente a relaciones sociales mediadas por la desigualdad social. Si volvemos a aquellos fundamentos de la campaña trujillista, mencionados más arriba, nos daremos cuenta de que estamos frente a un proceso de asignación al pueblo haitiano de condiciones biosíquicas y bioculturales, que le hacen acreedor de todos los estereotipos asignados, y que por ser determinados genéticamente, permiten asumir que dicho pueblo nació y morirá con esas mismas características. Por compartir la isla con nosotros, que tenemos

características exactamente contrarias, nos corresponderá asistirlos en su miseria, sin dejarnos engullir por su desesperada condición.

4. Prejuicio y relaciones internacionales

4.1. El postrujillismo

A la caída de Trujillo siguió predominando el mismo patrón de relaciones: interés exclusivo por obtener convenios para el cruce de braceros, del que ambos gobiernos, o sus allegados, obtenían beneficios. Si los dominicanos miraban hacia Haití con otro objetivo, era con el deseo de confirmar sus prejuicios.

Los años posteriores (1961-1965), transcurrieron sin mayores cambios respecto a los años del trujillismo. La única excepción se presentó bajo el gobierno de Juan Bosch, cuando se produjo el famoso incidente protagonizado por el general Cantave, en agosto de 1963. El incidente estuvo a punto de generar un conflicto de mayores proporciones, pero no pasó del plano diplomático, sobre todo porque Juan Bosch fue derrocado el 25 de septiembre de 1963.

En 1965, con la ocupación norteamericana, la presencia haitiana se hizo notoria por la creación de un comando de exiliados haitianos, que desempeñó un rol importante en la resistencia a las tropas de ocupación. De ese grupo perdió la vida el poeta Jacques Viaux, quien por sus estrechos vínculos a la intelectualidad dominicana generó una fuerte corriente de solidaridad hacia Haití entre los grupos de izquierda.

En 1966, cuando el país inicia un proceso de estabilización bajo la presidencia de Joaquín Balaguer, se puede decir que fueron reeditadas las condiciones de negociación tradicionales para la importación de braceros haitianos conocidas en el pasado régimen trujillista. Esto se logró mediante la firma de un nuevo contrato entre el presidente dominicano y François Duvalier, el 14 de noviembre de 1966.

No obstante, se puede afirmar que, al desaparecer la dictadura, se había logrado establecer en el país un grupo de exiliados antiduvalieristas que desarrollaban cierta actividad entre sus conciudadanos, con mayor apoyo de los partidos y grupos izquierdistas, incrementándose la actividad política entre los exiliados, pero sin lograr mayores avances en cuanto a la organización de los trabajadores haitianos.

Los mecanismos de reclutamiento y repatriación permanecieron idénticos, es decir, se contrataban en Haití por la vía de los buscones y al

terminar la zafra muchos eran devueltos, tal como lo especifican los distintos contratos firmados desde principios de siglo.

A esto se agregaron las famosas redadas, mecanismo empleado por el CEA para la captura de jomaleros que debían ser devueltos a su país, así como para reubicar la mano de obra pasando de una a otra plantación, sea entre las mismas compañías azucareras, o de uno a otro cultivo (arroz, café, etc.)

Estudios realizados acerca de las redadas, dan cuenta de que existía un patrón para la realización de las mismas: "Comienzan a fines de noviembre o principios de diciembre de cada año y continúa hasta la primera semana de febrero, coincidiendo con el inicio de la zafra azucarera en el Este y Suroeste (fuera de las plantaciones azucareras) del país y enviados a los cañaverales al iniciarse la zafra. Durante la última semana de junio y el mes de julio cuando la zafra en el Este se está terminando, los haitianos en esa región son entonces arrestados, principalmente fuera, aunque a veces dentro, de los confines de las plantaciones azucareras y enviados a las fincas arroceras y cafetaleras del norte y el suroeste, sólo en el mes de agosto, cuando se necesita menos mano de obra en las labores agrícolas, aparece información con documentación fotográfica sobre la deportación a gran escala de nacionales haitianos desde la República Dominicana" (Moya Pons, 1986: 195)

Los medios empleados en las redadas eran muy violentos y sin respetar las familias o los bienes adquiridos por esos trabajadores durante sus años en el país. Esa práctica separó a muchas familias, además de ocasionar grandes pérdidas a los braceros, los que, dadas su precaria situación legal en el país y el fuerte prejuicio en su contra, quedaban a merced de los soldados que intervenían en los operativos.

Es principalmente con la llegada del Partido Revolucionario Dominicano al poder (1978), cuando las relaciones empiezan a cambiar, pues ya en ese momento Duvalier padre había muerto y seguía en la dinastía su hijo Jean Claude, quien carecía de la inteligencia y habilidad de su padre para manejar las masas haitianas en base a la demagogia y trucos basados en el vudú, y tampoco tenía la ascendencia de Papa-Doc sobre las clases dominantes y los militares; por lo demás, el joven gobernante se encontró frente a un mundo cambiante que le exigiría mucho más que a su padre.

Es bueno recordar que, a finales de la década de los setenta, el régimen haitiano recibió fuertes presiones por parte de la política Carter de los Derechos Humanos. Para no perder la ayuda de los Estados Unidos, Jean Claude Duvalier se vio forzado a establecer algunas medidas tendientes a frenar la corrupción y la represión en Haití. Esa situación, que se extendió

hasta 1980, abrió una brecha de tolerancia para la actividad política. Esto tuvo por consecuencia un incremento de la actividad organizativa entre los jornaleros azucareros residentes en República Dominicana. Fue precisamente a partir de los ochenta cuando se incrementó la denuncia internacional acerca de las condiciones precarias de los jornaleros haitianos en República Dominicana.

Como los mecanismos del terror ya no operaban de la misma forma en Haití y en la República Dominicana se empezaba a respirar un ambiente de mayor respeto a los derechos humanos, con una fuerte tendencia hacia la democratización, ambas situaciones contribuyeron a flexibilizar el cruce fronterizo. No debemos perder de vista que el incremento inmigratorio se produjo en los momentos en que la campaña de denuncia sobre la "esclavitud de los haitianos", tomó mayor fuerza.

4.2. Nuevos espacios para las migraciones

Todo lo referido tuvo que ver con el cambio de modelo económico en República Dominicana; cambio que contribuyó a un abandono de las actividades agrícolas por parte de los sectores campesinos más avanzados, fortaleciendo una tendencia emigratoria, tanto de campesinos, como de amplios sectores de la clase media, en busca de mejores condiciones de trabajo y de mejoría económica.

Se hizo evidente que los haitianos sobrepasaban los estrictos límites del batey, accediendo a otras actividades agrícolas, como el café y el arroz. La fuerza de trabajo haitiana inmigrante también se extendió por las ciudades en los trabajos públicos, en el servicio doméstico y en la construcción. Incluso se incrementó el número de vendedoras ambulantes (Madame Sara) pasando de ahí a la instauración de una plaza de comercio propia, como ocurrió con el Mercado Modelo de Santo Domingo. También se abrieron plazas de este tipo, aunque más pequeñas, en ciudades como Barahona, la Romana y San Pedro de Macorís.

Otra forma de inserción en el mercado laboral dominicano de los inmigrantes haitianos se dio en el sector turístico, como es el caso de los vendedores de cuadros y artesanías en calles y playas, si bien este tipo de actividades no encuentra un gran número de trabajadores inmigrantes.

Además de los braceros, la presencia haitiana se hizo notar por el desarrollo de un activo comercio realizado por las mismas "Madame Sara". Estas "marchantas" compraban en República Dominicana para vender en Haití y otros circuitos comerciales. Muchos de los productos de este

comercio estaban vinculados al contrabando en ambos lados de la isla. Por lo demás, no se pueden subestimar los contactos entre inversionistas haitianos y dominicanos, empresarios que han creado verdaderas empresas mixtas en el país. También hay que hacer notar un cierto número de estudiantes universitarios haitianos que ingresan a las universidades dominicanas privadas y a la universidad estatal.

Esta fuerte presencia haitiana en el país ha servido como recurso político a las fuerzas contrarias al Partido Revolucionario Dominicano, para responsabilizar a dicho partido, por el incremento de los haitianos en República Dominicana, empleando argumentos como la necesidad de atraerse los nacionales haitianos para ofrecerles documentos de identificación, y así convertirlos en votantes a su favor.

4.3. La noción de esclavitud y la denuncia internacional

Los márgenes de tolerancia en Haití y República Dominicana frente a la labor organizativa de los trabajadores haitianos habían permitido que prosperara la campaña internacional de denuncia acerca de la supuesta esclavitud de los braceros en organismos internacionales como la OIT, Americas Watch, la Lawyers Committee for Human Rights y diversas organizaciones religiosas.

El éxito de esas denuncias fue mayor debido a que las mismas se venían realizando paralelamente a una fuerte campaña por el respeto a los derechos humanos en Haití, la cual recibió el apoyo directo del Papa en su visita a ese país, sirviendo de apoyo a las luchas políticas que culminaron con la salida del dictador Jean Claude Duvalier, en 1986.

La caída de Jean Claude Duvalier coincide con el ascenso al poder del Dr. Joaquín Balaguer, quien junto a su partido había denunciado la presencia haitiana como el máximo peligro para la existencia de la dominicanidad. Ya en 1984, el Dr. Balaguer, en la reedición de su libro *La Isla Al Revés*, se sumaba a la campaña contra la "esclavitud", denunciando la complicidad de ambos gobiernos. Sostenía Balaguer: "La inicua explotación a que hoy viven sometidos los braceros haitianos, víctimas de un comercio ilícito en que participan, con igual grado de corruptela, los gobiernos de las dos partes de la isla, sería sustituida, dentro de un régimen de colaboración nacional e internacional como el descrito, por otra más humana, ajena a esa nueva especie de esclavitud denigrante que se practica actualmente en los ingenios azucareros dominicanos" (Balaguer, 1984: 231).

Tal denuncia en sus años de político opositor se explica por la necesidad de hacer política con la cuestión haitiana, pues estamos hablando

de uno de los intelectuales tradicionales que con mayor énfasis ha defendido las tesis racistas para oponerse a la presencia haitiana en República Dominicana; cosa que puede observarse en el referido libro *La Isla Al Revés*.

Las razones por las cuales el Partido Revolucionario Dominicano no se dedicó a enfrentar la cuestión haitiana bajo nuevas ópticas se debió a que en el país opera un fuerte chantaje sobre todo aquel que ose plantearse el asunto desde una óptica racional, tratando de superar los prejuicios y aceptando a los haitianos en igualdad de condiciones. Quien proceda de ese modo recibirá inmediatamente la acusación de pro-haitiano y en consecuencia enemigo de la patria.

Esto último quedó claramente evidenciado respecto a la situación de los exiliados haitianos que cruzaban la frontera dominicana bajo el gobierno del PRD, cuando muchos fueron entregados y otros capturados por los propios órganos represivos de la dictadura duvalierista.

No obstante, el gobierno de Salvador Jorge Blanco, si bien no afrontó la problemática dominico-haitiana directamente, se propuso iniciar un tratamiento distinto a la problemática azucarera, desde la cual se proponía afrontar la situación de los braceros haitianos, como lo muestra el estudio monumental sobre el Batey, cuyo objetivo era realizar un Diagnóstico General de las Condiciones de Vida de los Habitantes de los Bateyes del Consejo Estatal del Azúcar, con el propósito de "favorecer el mejoramiento de las condiciones socio-económicas de los bateyes-del CEA (Moya Pons, 1986: 1).

Este proyecto tuvo en su contra que la contraparte haitiana estaba todavía en manos de la familia Duvalier y que el gobierno que ordenó el estudio estaba ya de paso cuando el mismo concluyó. El estudio fue entregado en 1986, fecha en la cual llega al poder el Dr. Balaguer. En cuanto a lo primero, la familia Duvalier no cedería los beneficios que tradicionalmente obtenía del tráfico de braceros. En consecuencia no le interesaba tanto defender la dignidad de sus nacionales frente al gobierno dominicano. En cuanto a lo segundo, sería desfavorable para el estudio la falta de institucionalidad que aqueja al país. El solo hecho de que ese diagnóstico fue realizado por el anterior gobierno, lo invalidaba para su implementación por parte del nuevo.

Lo que para el caso interesa es que ninguno de los dos gobiernos inició una política tendiente a mejorar las percepciones de los dominicanos respecto de los haitianos, más bien se profundizó la visión tradicional, predominante desde el período trujillista antes descrito.

Como vemos, pasaron dos gobiernos del Partido Revolucionario Dominicano sin poder elaborar una política explícita frente a las relaciones

dominico-haitianas. Además de los aspectos señalados, operaba desfavorablemente a dichos gobiernos, el hecho de que su máximo líder, el Dr. José Francisco Peña Gómez es de origen haitiano. Frecuentemente ese argumento ha sido empleado por el Partido Reformista para generar sospechas acerca del patriotismo de este dirigente político. Con ello tradicionalmente se ha obligado al PRD a asumir una actitud defensiva, frenando cualquier iniciativa de cambio en ese sentido.

La incapacidad del PRD para formular una política adecuada a ese respecto le impuso el chantaje permanente del Partido Reformista, dándole a este partido y a su líder la posibilidad de actuar con entera libertad reproduciendo los viejos esquemas trujillistas: invasión pacífica, amenaza cultural, contagio de enfermedades, cruce racial, influencia del vudú, etc.

Al mismo tiempo, en Haití, los gobiernos de la transición, militares o no, prefirieron obviar las denuncias internacionales en su política interna, como una manera de mantener la convivencia con el negocio de los braceros que anualmente dejaba millones de dólares a sus ejecutores. Las centrales sindicales como la Central de Trabajadores (CGT) y la Central de Trabajadores Mayoritarios (CTM), incrementaron sus denuncias en el seno de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Como resultado de todas estas presiones nacionales e internacionales, el gobierno dominicano emitió el decreto No. 417-90, llamando a los trabajadores haitianos a regularizar su situación legal en el país. Este decreto empezó a aplicarse con bastante éxito, pues en muy pocas semanas, se contaban por miles los haitianos que se habían presentado a las oficinas de migración para adquirir su permiso de trabajo y residencia en el país.

Mientras esto ocurría en el país, la campaña de denuncia sobre la esclavitud de los haitianos en los organismos internacionales profundizaba el rechazo hacia los haitianos por parte de grupos dominicanos tradicionales defensores del anti-haitianismo. Esos sectores incrementaron fuertemente el prejuicio, llegando a convertir el asunto en una cuestión clave para definir el patriotismo de los dominicanos. Desde esa posición maniquea, se requería manifestar la condena a los haitianos para no dejar dudas al respecto.

El ambiente político dominicano se hizo propicio para favorecer el enfrentamiento entre las dos naciones que compartían la isla. En ese contexto, cuando el Dr. Balaguer fue al Congreso de la República para entregar sus memorias, uno de los temas tratados fue precisamente el haitiano, que veía crecer el número de inmigrantes haitianos en su territorio, pero se conformó con estimular la campaña antihaitiana, al tiempo que negaba reiteradamente las denuncias de los organismos internacionales acerca del maltrato a los braceros. El gobierno dominicano no advertía que

dicha campaña, sobre todo después de la caída de la dictadura, cobraba cuerpo y sus resultados serían irreversibles.

En 1989, ocurrió un accidente en el cual perecieron 46 braceros haitianos que viajaban en una "patana" (camión para el transporte de carga) bajo la responsabilidad del Consejo Estatal del Azúcar. Esto hizo evidente ante el mundo la justeza de las denuncias. El dramatismo del accidente contribuyó a llamar la atención acerca de los braceros. Se puede decir que este accidente actuó como un elemento decisivo para que las denuncias internacionales se hicieran sentir con toda su fuerza en el país.

A partir de ese momento, el gobierno haitiano se vio forzado a intervenir en favor de sus nacionales, al tiempo que en la política haitiana el expediente de los braceros asumió un primer lugar, reforzando el anti-dominicanismo por siempre existente en el vecino país. En esas condiciones, la defensa de los braceros pasó a ser una consigna de todos los partidos políticos. Por su parte, el movimiento democrático haitiano venía reclamando a la República Dominicana el haber aceptado en su territorio a los antiguos duvalieristas, los que supuestamente conspiraban en contra del establecimiento de la democracia en Haití.

En República Dominicana, la presión de los partidos y personalidades políticas también aumentó en contra del gobierno. En su discurso, Balaguer se refirió al asunto como el "mayor problema de nuestro país", planteando algunos lineamientos para iniciar la solución de los problemas entre los dos países. Sin embargo, tras la campaña internacional se estuvo a punto de sancionar a la República Dominicana, principalmente en el Congreso de los Estados Unidos, el Gobierno dominicano arreció su defensa contra las acusaciones de esclavización de los haitianos.

En esa fecha, ya había sido electo el presidente Jean Bertrand Aristide, quien en una de sus primeras entrevistas se refirió al problema de los braceros, empleando el término de esclavitud que tanto había dividido la opinión pública dominicana. Se inició además en el nuevo gobierno haitiano una tendencia a rechazar la contratación de los braceros bajo la modalidad que fuese.

Tal posición se tomó, poniendo por delante el interés político del presidente Aristide frente al movimiento popular haitiano que le había llevado al poder; mientras que el interés de los braceros propiamente dicho, sólo contó para enaltecer la defensa de la dignidad del pueblo haitiano y muy poco para encontrar una respuesta técnica a la situación de los miles de haitianos que residen en República Dominicana.

Las reacciones dominicanas frente a las declaraciones de Aristide, iban en el sentido de rechazarlas sobre todo por tratarse de quien venía: un

haitiano. En consecuencia, se argumentaba que ese pueblo era mal agradecido, al actuar de ese modo frente a su benefactor dominicano. Esto estimuló actitudes muy radicales, desde la tesis de la repatriación masiva, hasta el cierre de la frontera, para no hablar del contenido racista de los argumentos enarbolados.

Las insistentes manifestaciones de rechazo a las declaraciones del presidente Aristide determinaron que el presidente Balaguer se refiriera a los malos dominicanos que apoyaban la campaña de descrédito contra la nación dominicana. A partir de esta declaración el asunto no aparecía como un enfrentamiento a las autoridades del CEA, sino como una afrenta a la patria. Se asumía que la campaña de descrédito era manejada desde Puerto Príncipe, haciéndose ver que tras ésta dormía el "sueño haitiano", de invasión y unificación de la isla. Fue de ese modo que las denuncias a propósito de la situación de los braceros se colocaron más allá de los límites originales de la misma, pasando al plano de la confrontación.

Llegado a ese punto, el asunto se colocó en los términos más tradicionales de la problemática dominico-haitiana: una confrontación en la que se pone a prueba el "nacionalismo" de ambos lados. Esto, naturalmente, alejaba las posibilidades de un entendimiento para resolver el problema migratorio.

Para el gobierno dominicano la situación era nueva, pues nunca antes se había encontrado con un gobierno haitiano que hubiese llegado tan lejos en la defensa de sus nacionales, ni mucho menos que dejara ver la posibilidad de no volver a firmar convenios para la importación de braceros. Todo ello partiendo de la necesidad de que los trabajadores haitianos recobraran su dignidad frente al mal trato y a los prejuicios sufridos en la República Dominicana.

La reacción del gobierno dominicano frente al incremento de las denuncias y la actitud del gobierno haitiano, fue la emisión del Decreto No.233-91, del 14 de junio, mediante el cual se ordenaba la repatriación de braceros, ancianos y niños. Era una respuesta política, que si bien llenaba de euforia a los anti-haitianos, no enfrentaba técnicamente el problema, estimulando el tradicional maniqueísmo que enfrenta a los "buenos dominicanos" contra los "pro-haitianos". Con ello se afianzaba la idea de que al igual que en el período de Trujillo estábamos protegidos por Balaguer, frente a los nuevos intentos de la dominación haitiana.

En lugar del Gobierno dominicano aprovechar la coyuntura para iniciar una solución al problema, bajo el amparo de los organismo internacionales que intervinieron en el asunto, fue más fuerte el deseo de retomar los viejos mecanismos de la confrontación político-ideológica y tratar de anotarse una victoria en el plano de la política-interna.

Esta salida no sólo reforzaba las viejas percepciones sobre los haitianos, sino que le daba argumentos al partido oficial para enrostrar una vez más en la cara del PRD su deseo de conciliación con Haití, debido a los orígenes de su máximo líder el Dr. José Francisco Peña Gómez.

La reacción del gobierno haitiano se colocó en el mismo plano de la confrontación, pues dicho gobierno, si bien no quiso aceptar el decreto y en algún momento se nombró una comisión negociadora para tratar de evitar la llegada en masa de los deportados, en la primera oportunidad que tuvo el presidente Aristide para referirse al asunto desde un escenario internacional, como lo fue la Asamblea de las Naciones Unidas, retomó la acusación de esclavitud y juró que jamás se volvería a firmar otro convenio para traficar con la sangre de sus nacionales.

Aquel fue un discurso de orden moralizante, sin ninguna preocupación por encontrar soluciones técnicas al problema. En el discurso se trató de dar pruebas de un arraigado nacionalismo frente a los dominicanos, en base a juicios moralizantes, los cuales, si bien afianzaban la dignidad haitiana, dejaban sin solución el problema de los miserables que estaban siendo deportados hacia Haití o que abandonaban la República Dominicana, por decisión personal.

El gobierno haitiano no valoró el interés de los braceros, entre los cuales, como es sabido, se encontraban muchos dominicanos de origen haitiano que ni siquiera conocían el territorio vecino. Para esas personas la solución a su problema no era regresar con dignidad, sino seguir ganando su vida de este lado, pero con dignidad. Estas personas sabían muy bien que al regresar no tendrían oportunidad de insertarse a la estructura ocupacional haitiana en las mismas condiciones que lo habían hecho en República Dominicana.

El conflicto cesó por el derrocamiento del presidente Aristide, colocando al Gobierno dominicano en la obligación de asumir la defensa de la democracia haitiana, lo cual equivalía a solidarizarse con las posiciones de la OEA, de condena y boicot al gobierno de facto. A todas luces este no era, necesariamente, el verdadero deseo del Gobierno dominicano.

Ninguno de los gobiernos (haitiano y dominicano) tuvo la serenidad de afrontar la situación en sus diferentes vertientes social e histórico-política, en una prospectiva alejada de los prejuicios y de aceptación de cada pueblo en sus distintas personalidades nacionales y socioculturales pero llamados a entenderse, vista la imposibilidad de permanecer indiferentes entre sí.

Siendo la primera vez que coincidían dos gobiernos democráticos en la isla, era preciso plantear el problema histórico a largo plazo, tratando de concentrar esfuerzos en un mejor conocimiento mutuo, sin partir de los

enjuiciamientos tradicionales, que trataban de desconocer las necesidades que cada quien tiene del otro para garantizar el funcionamiento de sus respectivas economías.

Así como la noción de seguridad ha venido cambiando entre las grandes potencias mundiales, también entre nosotros se impone el cambio, para conformar una nueva noción de seguridad compartida que facilita la cooperación como pauta para las relaciones entre Estados.

La política migratoria debe ser replanteada por ambos países, entendiéndola como un agente social que puede contribuir al desarrollo, tanto en el país emisor como en el receptor, siempre y cuando pueda ser regulada y definida en función de proyectos conjuntos a nivel de la producción y el comercio.

Si para el Gobierno dominicano fue fácil mantener el negocio de la importación de braceros en base a convenios que eran manejados por testaferros (civiles y militares) a ambos lados de la Isla, se debe tomar conciencia de que, después de las denuncias internacionales, le será imposible volver a los viejos tiempos del reclutamiento forzoso en Haití y de las redadas en este territorio. Por esto se impone una nueva estrategia de negociación basada en una política de migración que reconozca los derechos elementales a los trabajadores, así como el establecimiento de reglas explícitas para todas las partes.

Quizás lo más importante es el reconocimiento de que la inmigración haitiana en República Dominicana ha salido del estrecho contexto del batey, colocándose en las ciudades con características muy diferentes a las de los braceros. También hay que reconocer que el incremento comercial es mutuamente beneficioso, por lo que se impone la regulación del mismo a fin de garantizar a sus agentes mejores condiciones para su realización.

4.4. Nuevos actores en las relaciones internacionales

Por otra parte, es importante darse cuenta de que los agentes de las relaciones entre los dos países ya no se limitan a los actores gubernamentales, pues han surgido múltiples actores en todas las esferas sociales que desarrollan sus propias áreas de interés. Al momento del establecimiento de las políticas oficiales, estos actores deben ser tomados en consideración.

Entre esos nuevos actores se encuentran algunos que actúan en el plano internacional, como es el caso de la comunidad caribeña, con la cual hoy más que nunca nos encontramos relacionados, debido a los nuevos patrones de relaciones internacionales que nos impone nuestra participación

én el acuerdo de Lomé IV, y nuestra intención de estrechar las relaciones con el CARICOM.

Todos esos factores actúan sobre nosotros haciéndonos entender que ha llegado el momento de modificar nuestra percepción de los haitianos y transformándola a partir de la realidad existente, superando todo tipo de prejuicio y discriminación que nos haya impuesto la tradición. Lo mismo vale para los haitianos, pues si, de su parte, la estrategia continúa siendo enfrentar al Gobierno dominicano para afianzar la dignidad del pueblo haitiano, sin profundizar las negociaciones en la búsqueda de acuerdos concretos que faciliten la vida a los haitianos residentes, difícilmente esa política moralizante podrá ofrecer resultados positivos en el plano material.

Referencias bibliográficas

Junto a la bibliografía anexa hemos consultado colecciones de los diez periódicos más importantes de la República Dominicana, en el período 1982-1992.

- Báez Evertz, Franc, (1984):** *Braceros Haitianos en la República Dominicana.* Santo Domingo: Editora Taller.
- Balaguer, Joaquín, (1984):** *La Isla Al Revés, Haití y el Destino Dominicano.* Santo Domingo: Librería Dominicana.
- Balibar, E. y Inmanuel Wallerstein, (1988):** *Race Nation Classe. Les Identités Ambigües.* París: Editions La Découverte.
- Cassá, Roberto (1976):** "El Racismo en la Ideología de la Clase Dominante Dominicana". En: *Revista Ciencia*, vol.3, no.1, enero-marzo.
- Corten, André (1989):** *L'Etat Faible. Haiti et Republique Dominicaine.* Cánada: Edit. CIDIHCA.
- CRES DIP.**
DOSSIER HAITI 4, (1991): *Ayiti, República Dominicana Au Seuil des Annés 90.* Puerto Príncipe: Edition CRES DIP.
- Del Castillo, José, (1980):** *La Inmigración de Braceros en la República Dominicana, 1900-1930.* Santo Domingo: UASD.
- García, Juan Manuel, (1973):** *La Matanza de los Haitianos, Genocidio de Trujillo 1937.* Santo Domingo: Impresora Editora Alfa y Omega.
- García Mella, Moisés, (1938):** *Alrededor de los Tratados de 1929 y 1935 con la República de Haití.* Santo Domingo: Imprenta Listin Diario.

- Greene, James R. y Scowcroft, Brent (1985):** *Intereses Occidentales y Política de Estados Unidos en el Caribe*. Grupo Editor Latinoamericano: Buenos Aires.
- Hernández, Frank Marino, (1973):** *La Inmigración Haitiana*. Santo Domingo: Editora Taller.
- Leomoine, Maurice, (1983):** *Azúcar Amargo*. Santo Domingo: Editora Nivar.
- Leyburn, James G., (1946):** *El Pueblo Haitiano*. Buenos Aires.
- Lugo, Américo (1901):** "Sobre el Conflicto Dominicano-Haitiano". En: *A Punto Largo*. Imprenta Cuna de América.
- MacLean, James J. y Teodulo Pina Chevalier, (1921):** *Datos Históricos sobre la Frontera Haitiana*.
- Machado, Manuel A. (1911):** *La Cuestión Fronteriza Dominicano-Haitiana*. La Vega: Imprenta El Progreso.
- Mariñez, Pablo, (1986):** "Relaciones Dominicano-Haitianas y Raíces Histórico-Culturales Africanas en República Dominicana". En: *El Caribe Contemporáneo*, Año 4, número 6.
- Monclús, Miguel Angel, (1955):** *Caleidoscopio de Haití*. Buenos Aires.
- Moya Pons, Frank, y otros, (1986):** *El Batey*. Santo Domingo: Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales.
- Pierre-Charles, Gerard, (1969):** *Radiografía de una Dictadura, Haití Bajo el Régimen del Dr. Duvalier*. Madrid: Editorial Nuestro Tiempo.

- (1973): *Problemas Dominico-haitianos y del Caribe*. México: UNAM.
- Prestol Castillo, Freddy, (1973):** *El Masacre se Pasa a Pie*. Santo Domingo: Editora Taller.
- Price-Mars, Jean, (1953):** *La República de Haití y la República Dominicana. Diversos Aspectos de un Problema Histórico, Geográfico y Etnológico*. Tomo III. Puerto Príncipe.
- Sánchez y Sánchez, Carlos Augusto, (1958):** *El Caso Dominico-haitiano*. Ciudad Trujillo: Editora Montalvo.
- Veras, Ramón Antonio, (1983):** *Inmigración, Haitianos, Esclavitud*. Santo Domingo: Editora Taller.
- Vega, Bernardo, (1988):** *Trujillo y Haití*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana.
- Wallerstein, Inmanuel (1990):** *Le Capitalisme Historique. La Découverte*. Paris.
- Zaglul, Jesús, (1985):** *"Imaginaire Social et Identité Nationale. Le Casa de la République Dominicaine"*. Mimeo. París.